

# EL CATOLICISMO.

PERIODICO QUINCENARIO.

Religioso, filosófico e literario.

Non enim quod bonum est maló aucupamur: et rursum pacem colimus, legitímé pugnantes, atque intra limites nostros spiritus que regulam nosmet continentes.—S. GREGOR. NAZIANZ.

## Los filósofos e los apóstoles de Jesu- cristo.

V.

### RESULTADOS DE LAS TAREAS DE LOS FILÓSOFOS.

Attendite a falsis prophetis, qui veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces; a fructibus eorum cognoscetis eos: Numquid coligunt de spinis ubas, aut de tribulis ficus? Sic omnis arbor bona fructus bonos facit: mala autem arbor malos fructus facit.

MATH. VII. 15, 17.

[Conclusion.]

Mas ¿no será acaso la imaginación la que dirige nuestra pluma cuando estas cosas escribimos? No ciertamente, porque como antes enunciamos, las consecuencias de esos sistemas impíos e disolventes será ya del dominio de la historia. Los filósofos racionalistas e incrédulos, los libres pensadores han trabajado desde el siglo XVI en generalizar esos sistemas: la reforma encontró en ellos apoyo e los gabinetes de Europa no dejaban de protegerlos e de aplaudir sus escritos, porque dirigiéndose contra la autoridad de la Iglesia, precioso contrapeso de su absolutismo, los miraban como favorables a la plenitud de su poder. Descendiendo de las cumbres sociales la impiedad ganaba rápidamente terreno e adquiría ensanche su acción. Ella se extendía de las capitales a las provincias; de las jentes pensadoras e ilustradas pasaba a las masas, a quienes se halagaba con bellos prospectos de futura bienandanza, cuyas pasiones de todas maneras se lisonjeaba, e a quienes se hablaba en nombre de la *libertad*, palabra seductora con la cual se han querido autorizar después tantos crímenes.

La religión se conmovió en sus cimientos; el obispo de Londres Mr. Gibson había hecho una terrible, pero exacta pintura de los esfuerzos de los filósofos impíos para corromper los pueblos, e manifestado los gravísimos males a que estas criminales tareas habrían al fin de dar nacimiento; pero sobre todo el Padre Bauregard en un sermón predicado en la Catedral de París, movido ciertamente de la inspiración de los antiguos profetas, dijo estas terribles palabras: *El hacha e el martillo están en las manos de los filósofos; ellos no esperan, sino el instante favorable para trastornar el trono e el altar. Si, vuestros templos, Señor, serán despojados e destruidos, vuestras fiestas abolidas, vuestro nombre blasfemado, vuestro culto proscrito. Pero ¿qué signo yo? ¿Gran Dios! ¿qué veo yo? A los cánticos inspirados que lucían resonar estas bóvedas sagradas en vuestro honor, suceden cantos lubricos e paganos. I tú, divinidad insana del paganismo, impúdica Venus, tú vienes aquí también a tomar ostentadamente el lugar del Dios vivo, a sentarte sobre el trono del santo de los santos, e a recibir el incienso culpable de tus nuevos adoradores.*

No tardaron en cumplirse estos presentimientos del hombre de Dios. La filosofía triunfante ocupó el trono, e pudo libremente poner en práctica sus salvajes teorías. «En pocos años, dice de Maistre, la filosofía inundó la Francia de mas sangre, la

cubrió de mas ruinas que no habían hecho todas las tiranías, e todos los fanatismos juntos. Por primer ministro ella tomó la guillotina, por fiestas tuvo la *setembrisadas*, las *amegadas*, las *metralladas*, su nombre fué EL TERROR. Ella no ahorró ni rango, ni condición, ni edad, ni sexo: Ella celebró el vicio e proscribió la virtud..... Creyendo a los pueblos bastante envilecidos por sus doctrinas, se atrevió a ordenarles que doblasen la rodilla delante de una prostituta, e que ofreciesen incienso a esta bella imagen de la razón.»

Los desórdenes de la filosofía produjeron los Robespierre, los Danton, los Marat, los Carvier, los Lebon, los Fouquier, los Saint-Just, e muchos otros monstruos que querían reducir la Francia a un cementerio para rejenerarla, que opinaban que a fuerza de sangre e carnicería debían desaparecer las tres cuartas partes de la población; e con tan horrible objeto establecieron los *baños e deportaciones verticales*, los *matrimonios republicanos*, hicieron pasear la guillotina por toda la Francia enrojeciéndose las aguas de los ríos, e de tantos e de tan varios modos ensayaron la mas inaudita crueldad. Razon, pues, tiene La Mennais para decir que, «la filosofía irreligiosa, cuyo principio es el orgullo, necesariamente hace a los hombres crueles. El que quiere ser superior a los otros, agrega, e saborearse en esta superioridad, se complace e recrea en sumerterlos a sus caprichos; e cuanto mas bárbaros e desordenados son estos, tanto mayor le parece la dependencia o inferioridad de las personas que esclaviza e domina.»

Espantados de tantos excesos los filósofos pretenden vindicar la filosofía desconociendo su propia obra; mas ¿quién ignora que ellos fueron los que trastornaron las ideas religiosas, los que debilitaron las creencias, los que arrancaron el temor de un Dios justiciero, e los que materializaron, digámoslo así, enteramente la nación? Los filósofos fueron víctimas de la revolución, como viene a serlo precisamente el que sapando los cimientos de un edificio, lo desploma para que le caiga encima. No serían filósofos todos los que *enrojecidos* de sangre, paseaban por la asamblea nacional levantados en picas los miembros palpitantes de las víctimas de su furor; ni los que asesinaban sin fórmula de juicio a los presos en las cárceles; ni los que bebían la sangre de tantos hombres sacrificados al vértigo revolucionario; pero ellos se habían impregnado de esas doctrinas mortíferas, seguían el impulso que los filósofos habían dado, se entusiasmaban con los escritos de estos, e aplicaban las máximas que ellos les habían enseñado.

Seguro es que sin los esfuerzos de los filósofos no se habría llegado al punto a que se llegó, porque no se habían derrocado los fundamentos del edificio social; la religión e las buenas costumbres. Sobre todo, si hoy se niega que los filósofos fueron los autores de tan trágicas escenas, entonces nadie lo negaba, e ellos se aplaudían de ser los rejeneradores de la especie humana por medio de tan horrendos atentados. El Mercurio de Francia de 1790, redactado por La Harpe, Marmontel e Chanfort, discípulos de Voltaire, hablando de este patriarca de la filosofía, dice: «El no ha visto todo lo que ha hecho, pero ha hecho todo lo que vemos. Los observadores

ilustrados, los que sepan escribir la historia, probarán a los que saben reflexionar que *el primer autor* de esta grande revolucion, que asombra hoy la Europa, es sin contradicción Voltaire. El fué el primero que hizo caer la primera i mas formidable trinchera del despotismo, *el poder religioso sacerdotal*. Si él no hubiera quebrado el yugo de los sacerdotes, jamas se hubiera roto el de los tiranos.» I cuando a la asamblea de los hermanos fueron llevados como trofeos, las insignias de la religion destruida, su digno presidente Laloy, dijo: «En vuestro aire republicano veo que la filosofía os ha conducido: habeis hecho desaparecer 18 siglos de error.» Un miembro de la Convencion de Francia, cuando se trató de poner al autor del contrato social en el panteon, entre Marat i Voltaire, exclamó: «lo que J. J. Rousseau queria, nosotros lo ejecutamos.» I ciertamente, hecho el cotejo se puede con toda verdad decir, que es imposible citar una atrocidad, una locura, una necesidad de las practicadas durante aquella aciaga época, que no se encuentre aconsejada en un libro *filosófico*, o autorizada por las doctrinas filosóficas, principiando desde la variacion de los nombres de las calles propuesta por Voltaire, hasta esas horribles ejecuciones i matanzas de que dejarnos a Ruffin i Diderot disputarse la preferencia.

Después de tantos males, crímenes i atentados, preguntaremos a la filosofía: ¿Dónde están tus benéficos frutos? ¿Dónde los bienes que te glorias de haber hecho al género humano? Ella no encuentra otra respuesta que la que da Mr. Coussin. «*El siglo XVIII ha destruido, i nada ha edificado*. La misión que *le imponía* la historia era acabar con la edad media; él ha llenado esta trágica misión, no podía hacer mas: un siglo, un solo siglo, no está encargado de dos misiones a la vez.» He aquí una confesion bien clara de que el filosofismo no ha sabido sino destruir, i que nada ha podido edificar. ¿Quién será, pues, el que levante el edificio moral de entre las ruinas que ha dejado esparcidas la filosofía del siglo XVIII? ¿Será este espíritu de destrucción que lo ha trastornado? No, seguramente; i si la filosofía es la encargada de esta empresa, le volveremos a preguntar: ¿qué ha hecho en el siglo XIX para llevar tan sublime encargo? La mitad de ese siglo ha corrido, ya principió la otra mitad, i apenas vemos, que el San-Simonismo, el comunismo i el socialismo levantan la cabeza i trabajan con empeño por todas partes en elevar su trono. ¿Sobre qué? Sobre la nada. Así hoy se cumple i se cumplirá siempre lo que el célebre Swith previó desde que el racionalismo principió a estenderse *que se tenga cuidado, profetizaba él; Estos libros pensadores minan todo el edificio, i no repositarán, sino sobre las ruinas de la sociedad entera.*

Pero se dirá: a lo ménos las naciones se han ilustrado i enriquecido. Muy lejos estamos de conceder a la filosofía incrédula la gloria de haber proporcionado a los pueblos útil enseñanza. ¿Será necesario ser impío para ser sabio? Nosotros registraríamos, si preciso fuera, una larga lista de los mas grandes hombres que han sobresalido en todos los ramos del saber humano, i que se han distinguido al mismo tiempo por su religiosidad. Las ciencias físicas i naturales, las ciencias exactas, las políticas, las intelectuales no son incompatibles con las creencias religiosas, i por el contrario estas las subliman, purifican i engrandecen. La religion deja al pensamiento un libre vuelo en todo lo que no mira al dogma i a la moral, porque su tema es: *autoridad sobre el hombre en el orden moral; libertad para el hombre en todo lo demás.* ¿Cuándo florecieron mas las letras i las ciencias en Francia en el siglo XVIII en que el filosofismo se apoderó de las ideas, o en el anterior en que el principio religioso se ostentaba con brillo?

El hombre impío degradado su ser, se confunde con las bestias, todo en él es sensual, todo es materia; se eleva su inteligencia no a las mas altas concep-

ciones, porque constantemente revoletea sobre el cielo terrenal. El gira sin cesar en un inmenso círculo de dudas; las nociones metafísicas son para él un caos en que no descubre sino fantasmas i errores; i vagando en un mar de incertidumbres i contradicciones, su espíritu se pierde al fin en el lóbrego país del escepticismo. He aquí, pues, la ilustracion del impío, «cuyos caminos, segun el sabio, son tenebrosos.»

Mas suponiendo que esa filosofía incrédula hubiera en realidad trabajado por ilustrar las masas ¿les seria útil esta una ilustracion que, quitando todo freno a los apetitos, i todo temor al crimen, no hace mas que inmoralizarlas i corromperlas? ¿I qué es lo que esa filosofía ofrece a los pueblos para ilustrarlos? Diarios impostores, romances licenciosos, obras impías i obscenas..... Ya hemos visto en otro artículo cuál es el resultado de esa ilustracion filosófica, i desde luego nada tiene la filosofía que gloriarse, i sí mucho de que avergonzarse en este punto; porque como dice Mr. Monreau, «el modo como actualmente se cultiva el espíritu de la juventud vicia la cimiento en el jermen, i no hace producir al terreno sino frutos inútiles i peligrosos. En la enseñanza de nuestras escuelas todo se sacrifica al adorno del cuerpo; de la memoria o del entendimiento i nada se reserva para las virtudes del corazón. Cuando sale un joven de ellas puede ser hábil i docto; pero de seguro no es virtuoso.»

Las naciones se han enriquecido i continúan enriqueciéndose, no seguramente por los esfuerzos de una filosofía, que haciendo a cada paso bambolear las sociedades, mas bien que a su progreso, las ha empujado hácia su destrucción; sino por los naturales adelantamientos de las artes i de las ciencias. Lo que sí se debe a la filosofía incrédula es haber cortado el vuelo al progreso moral del hombre, haberlo materializado, metalizado su corazón i fincado su dicha no en los dulces goces que produce la práctica del bien; sino en los placeres de los sentidos; haber dado grande estima a las riquezas, exitado el ansia de acumularlas, i agotado la hermosa planta de la caridad. Dé aquí esa indiferencia con que principalmente en las naciones del viejo mundo, se vé la desgracia i sufrimiento del pobre, ese mirar al obrero, cuya suerte ha venido a ser peor que la del esclavo, como una bestia destinada a cargar con un trabajo insoportable; ese interes en rebajar los salarios para acrecentar las ganancias, ese nuevo i mas detestable feudalismo creado en favor de los grandes empresarios, esa escandalosa reunion de capitales en pocas manos, i el pauperismo que amenaza el orden de esas naciones europeas que de progresos materiales mas se jactan. Hablando sobre esto el Vizconde Villanueva-Bargemont, dice: «Una mas grande masa de riquezas se ha producido; pero es en beneficio solo de los monopolistas de la industria: los obreros no han obtenido sino un acrecentamiento de trabajos i de miseria. La opulencia, la elegancia, la comodidad reinan entre los felices jefes de las grandes manufacturas. Al lado de ellos millones de obreros demandan pan o la muerte. Tal es la civilizacion de Inglaterra. Que la economía política se aplauda si se atreve; por nuestra parte esclamaremos con Malthus: *perezcan mas bien tales riquezas i semejante civilizacion.*»

I después que la filosofía anti-cristiana tan graves males de este lado ha producido, en vez de buscar un remedio racional i justo, trabaja por sublevar a los pobres contra los ricos, quiere que estos sean violentamente despojados, i condena el derecho de propiedad sin el cual no hai produccion, orden, ni sociedad posibles.

Un rasgo de Mr. Reibaud pinta en pocas palabras el lamentable estado a que ha reducido el filosofismo los hombres i las naciones, la especie i los individuos. «Hasta aquí, escribe él, obedecer a los instintos naturales era propio del bruto, dominarlos era la cualidad del hombre. El día de hoy la lei